

JO HA MUERTO: DUERME

Por MANUEL LOPEZ PEREZ

Exclusivo para HERALDO MICHOACANO

El polvo que piensa
no vuelve al polvo.— Urueta.

"Los grandes hombres no mueren totalmente; son como flores que al marchitarse, dejan la tierra embalsamada con su perfume; son como soles que al hundirse en el ocaso, siguen tiñendo con su púrpura la inmensidad del firmamento". Estas aladas palabras fueron pronunciadas por don Luis M. Martínez y forman parte del texto de una Oración Fúnebre que pronunció en ocasión alguna que no vale la pena recordar. Son palabras sencillas, son palabras bellas, son palabras verdaderas y justas si las referimos a cualquiera de sus hermanos en la grandeza, cuando aludimos a la fe dolorosa que se enseñorea de nuestras almas al sentir la desgarradura que nos impone su tránsito a desconocidas regiones de la realidad universal. Relucientes como las patenas que sus manos sacerdotales manejaron son las palabras recogidas del que fuera Rector del Seminario Tridentino de Morelia, Obispo de Michoacán—titular de Anemurio—y Arzobispo Primado de México, dedicándolas a él que, en una hora matinal, como convenía a un poeta del sacerdocio, "reuniendo lo que de divino hay en el hombre", como equipaje de un desterrado celeste que vuelve a su patria, acudió al llamado de la eternidad, que no de la muerte!

Como polvo nos define la literatura solemne de las escrituras, y en verdad somos hijos de la tierra, de la "transparente" Deméter, pero la profunda palabra de Urueta, tan musical como profunda, nos enseña que el polvo que piensa no vuelve al polvo, sino que prosigue su misión salvadora a través de avatares regidos por el espíritu de la misericordia. El pensamiento-conducta, si se logra lo que el clásico expresara: igualar con el pensamiento la vida, aparece mostrándose en tres estadios esplendorosos: la sana alegría juguetona que "desinteresa" la energía vital, convirtiéndola en escultura de cuerpos armónicos que a responsabilidad cambia en el hombre maduro por el ingenio vivaz y sonriente; el poder creador que se plasma en la obra generosa del artista quien aprisiona la belleza que cabalga sobre el instante fugitivo para volverla dádiva destinada a las conciencias de todos los tiempos, eucaristía de las generaciones; y el amor—caridad concreto en su forma más excelsa en los perfiles evangélicos del narrador de parábolas que consumó un gran misterio un día con el sublime quejido lanzado desde la cruz del Calvario. Jocunda fue el alma del ilustre muerto. No vió en la religión un fanatismo, ni en el sacerdocio un cuerpo conspirador contra el Estado Mexicano, en lucha encarnizada por el poder temporal. Materia de sofisma deben haberle parecido las Falsas Decretales, el Juramento de Othón y el texto de la Donación de Constantino al Papa, del Imperio de Occidente. Del mismo modo, su inteligencia esclarecida debió percibir el contraste manifiesto entre la Iglesia anterior a Constantino, defensora de la libertad de conciencia, y la posterior Iglesia aterrorizando al mundo con persecuciones y con Inquisición. Para no consentir en lo primero, el Evangelio le enseñaba la separación de los "dos reinos", y frente a las hogueras y los autos de fe, seguramente pensó en el buen pastor que pone la oveja descarriada sobre sus hombros, y en que la libertad está por encima de todo, aun de Dios, por lo que dijo el santo: "el que te creó sin tí, no te salvará SIN TÍ. (Todos son mis hijos—respondía siempre el gran Arzobispo a quienes le criticaban veladamente que prodigara su presencia y su trato, sin distinciones políticas, sociales o religiosas). *PASA A LA HOJA No. 2*

49

pag 52

- 2 -

No ha muerto: duerme.

Decíamos que fue alegre. Por ello, en el juego de su maravillosa inteligencia, la piedad, al estilo Franceano, se manifestó como ironía, como gracejo fino y elegante. Su alegría de hombre y de sacerdote nos dió su docencia pulcra, su consejo humano, hecho de prudencia y cortesía, su charla amena, su conferencia docta, su predicación elocuente.

Fue artista. ¡Oh, su oratoria! El cultivo de múltiples y variadas disciplinas para las que disponía de una extraordinaria agilidad mental y de una sensibilidad delicada, de amplísimos registros, hacían de su conversación una delicia, de su cátedra un regalo riquísimo, de sus sermones una revelación. Matizada era su oratoria conformada en piezas como las de los mejores y legendarios predicadores de Francia, pero mexicanizada por la sencillez y por el vigor de los giros, por la original singularidad de los enfoques y por el ajuste sociológico—local de los motivos: de Bossuet tenía la elegancia, de Massillon y Bourdaloue la variedad vibratoria de los ritmos, sin discordancias, en una milagrosa unidad musical, como la melodía del vuelo en el colibrí; de San Bernardo la rectitud, el purismo doctrinario apasionados y de San Buenaventura el potente numen teológico que rigió en la Escolástica y la audacia expresiva que era una brillante resonancia de Platón.

Recordamos la voz nasal y pedantesca de Juan B. Buitrón; la ingenua y fervorosa monotonía del santo padre Villaseñor; la lenta y poderosa del señor Ruiz y Flores, plena de convicción, razonada y razonadora; la juvenil y entusiasmada de Manuel Muñoz. Pero don Luis no tenía par. Y eso, que no contaba con prestancia física. Su figura no era garbosa, su voz se asociaba en los oyentes a la sensación del obstáculo que asfixia. Pero mediante complicadas impostaciones lograba tal riqueza de tonos, conjugaba de tal manera los matices, que la sensación inicial de angustia se desvanecía, y la conceptualización resulta en imágenes brillantes, a veces en paradojas impresionantes, en paralelos perfectos, subyugaba las mentes y las conciencias. Cordialidad amabilidad por la comprensión y dulzura, por la bondad que el orador transcendía, eran sus sermones. Pero cuando su genio oratorio brillaba cegadoramente, era al hablar sin formalidades de predicador. Su pensamiento era entonces como un águila desplazándose en airosos vuelos sobre firmamentos solares. Así le escuchamos un día su exégesis a unos versos del Dante. ¡Soberbia y aguda glosa de aquel pasaje del Infierno en que el poeta usando los tonos del Apocalipsis, condena a los ángeles que no estuvieron con Dios ni contra Dios en la gran batalla celeste que Milton describió, con el más tremendo desprecio: —Oyelos y miralos, pero no te detengas, sigue adelante.

En un sermón de exequias, predicado en Las Monjas, después de que el coro, además de las sequentias, había entonado un bello poema musical:

Con aroma de mirra
perfumose el Calvario
cuando abrió su nectario,
desmayada la flor;

fue de mirra su aroma,
—¡con ser ella azucena!—
pero estaba de lágrimas llena
y lloraba, lloraba de amor,

le oímos decir con San Pablo acerca de la muerte de Jesús: Era la vida que sufría la muerte, para con aquella muerte, para con aquella muerte salvar a la vida: del rosal tenebroso de la muerte, la corola de la vida eterna iba a brotar.

Y fue Caridad. Fue caritativa su vida, porque él sabía la palabra de San Juan: Deus est Charitas. Jugó con el ingenio al imponer la expiación de su sana ironía: piadosa penitencia. Creó con el fiat del artista, haciendo la poesía de su vida sacerdotal. Amó:

Pasa a la hoja No. 3

Uno de sus grandes fervores lo dedicó a la Virgen del Tepeyac, y ello se debía, sin duda, a que el fino sociólogo que era, apreciaba todo el caudal de amor al indio que hay en la leyenda de la aparición. La raza vencida y acosada se refugiaba amedrentada en las cabañas y en los montes agrestes, y al estilo "paganos" rendía culto clandestino a sus dioses. Las iras de los apóstoles intransigentes que contradecían en su esencia la doctrina cristiana, en unión de los rapaces capitanes, de un momento a otro podían acabar con ella. Pero alguien encontró en su corazón amor por el indígena, y para que por el amor el indio se acercara a las fuentes bautismales y se arrodillara al pie de los altares católicos, dió a luz la leyenda que sin reservas bendecimos. Nada mejor para hacer amar la nueva religión que destacar en ella a una virgen con facciones aztecas, como madre de Dios y madre de la raza vencida.

Nunca provocó hervores en sangre jacobina. Su trato jovial y accesible, siempre equilibrado, sin rebasar los límites de su carácter de hombre formal y de sacerdote a quien se le había encomendado la dirección espiritual del pueblo mexicano; su carácter "campechano", como decimos los hijos de esta tierra mexicana, le dieron la confianza de la grey y fueron los ingredientes del secreto para su diplomacia. No distinguió entre publica-

nos y fariseos. Por eso todos los sectores sociales querían tenerlo en su seno. Y él se prodigaba, porque su misión no era reclutar santos, sino apacentar pecadores. Y el cariño que el pueblo le tuvo le dió la fuerza que su genio sonriente convirtió en instrumento para lograr una paz firme entre el Estado Civil Mexicano y su gobierno espiritual.

Reina, ahora que desaparece de entre nosotros, una incomprendible desazón, y la llamo incomprendible, porque el pueblo espiritual que él cultivó debe saber que el polvo que pensó, admiró y amó, no vuelve al polvo. Todo hombre que embellece la vida influye en el pensamiento, en la voluntad y en la conciencia de sus contemporáneos. Estos irán trasmitiendo de generación en generación los alcances de perfección originados en él, y así a través de LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS, hasta que todos nos reunamos en el seno de una sola armonía que será eterna.

Tiempo es de desear que en las riberas del lago del misterio, salgan a recibir a don Luis M. Martínez, el padre de Lagos de Moreno, don Agustín Rivera y San Román, y el "poverello" de Asís. Después de los saludos, éste podrá decir al hermano León: Hermano, atiende, escribe: en vivir una vida como la de este hermanito mexicano, "está la verdadera alegría". Entonces Rivera—mexicano—andaluz, gran patriota, dirá a México: No es hora de llorar, sino de echar a vuelo las campanas y de disparar veintiún cañonazos, porque este era UN HOMBRE y ha ganado la vida eterna.

9 de febrero de 1956.

Manuel López Pérez

Estas líneas han sido escritas como un testimonio de gratitud y como un humildísimo homenaje al gran Ciudadano de las Letras y Maestro en el Seminario de Michoacán. MLP.

51